

# EL FRAILE AMORDAZADO

## A LOS ENCARCOLADOS

Por el P. MIGUEL SELGA, S.J.

He estado en Portell, un lugar de la provincia de Lérida. Allí me contaron las hazañas de un niño que nunca nació y que, si vino al mundo, fué porque lo sacaron violentamente del seno de su madre muerta. Cuando muchacho guió un hato de ovejas entre robles y encinas, entre matorrales de zarjas y cascajas: llegó a conocer toda las fuentes y arroyuelos, los bosques y hondonadas y sobre todo las ermitas de toda la segarra.

Cuando chaval, Ramón tuvo noticia de un rebaño numerosísimo de cristianos, expuestos a todos los peligros de la apostasia, en los campos de cautiverio de las costas africanas, en las mazmorras de Argel, en las cárceles musulmanas de Córdoba, escarnecidos por los rabinos de las sinagogas y atormentados por los emisarios del califa. Siguiendo los consejos de Pedro Nolasco, Ramón se agregó a la orden de caballeros de la merced, entró por tierras de moros, en busca de cautivos cristianos, recató en los reinos de Valencia y Murcia, en las ciudades andaluzas, en las costas africanas, disputó con los rabinos en las sinagogas, predicó la cruzada del rescate en los zocos bulliciosos, regateó con los magnates en los palacios de los príncipes, caminó de pueblo en pueblo con la alforja del mendigo, llamó a la choza del agricultor y al palacio de los Reyes, implorando la caridad de los corazones en favor de los cautivos, que gemían en las prisiones de los musulmanes. Buscaba oro, deseaba más oro; dar oro almas y por la redención de cautivos era su mayor felicidad: como el oro no abundaba, le fué preciso fundir la plata de los cálices y las cruces, porque para Ramón mejor era salvar un alma que adornar un altar. Este era el campo de las compras.

El oro aportado por Ramón en un viaje de rescate ni de mucho bastaba para libertar a todos: quedaban muchos en las mazmorras, con los rostros escuálidos, las miradas febriles, las espaldas surcadas de azotes, todos abrasados en deseos de volver pronto a sus hogares. En la imposibilidad de rescatar a todos, Ramón formuló esta resolución heroica; "saldreis," les dijo, "pero me quedaré yo; mis hermanos de hábito recogerán el precio de vuestro rescate y yo saldré fiador de vuestra libertad." Esta fué la única transacción de venta.

Mientras se agenciaba en Europa el rescate, Ramón quedó preso en Argel; dormía en un sótano, estaba obligado a trabajar, como los demás cautivos, en las murallas, más de una vez fué azotado, pisoteado, arrojado a un hoyo y cubierto de inmundicias y toda suerte de basura. Cuando empalaban o ahorcaban a un cautivo, o desorejaban a otro o les marcaban en la frente el signo de la servidumbre, Ramón con voz firme y acerada como un cuchillo, salía en defensa de sus hermanos, condenaba la crueldad de los verdugos, refutaba las doctrinas de los alfeques y defendía la verdad del evangelio. Una tarde dos hombres entraron en la prisión, le horradaron los labios con un hierro candente y por los agujeros introdujeron un candado, cerrando así la boca del predicador. Pasó casi un año. Llega a Argel el mercedario portador del rescate prometido: Ramón, agotado, casi exánime, volvió a la tierra que la había visto nacer. Su nombre resonó por todo el mundo: el sumo pontifice le dió el capelo de cardenal, pero Ramón, que no tenía un ochavo, lo dejó caer sobre la cabeza de un pordiosero que le pidió limosna.